

oscurecida por el espíritu reaccionario, á cuyo soplo se había extinguido toda esperanza; la Europa del año veintitrés con los Borbones en París y sus cien mil sicarios restaurando en el Trocadero la neroniana diadema de Fernando VII; la Europa del año cincuenta, en que murieran extinguidas bajo la pesadumbre de una reacción espantosa tantas naciones progresivas; considerad á tal Europa y comparadla á la Europa de hoy, cuyos esfuerzos han recluso el absolutismo en Rusia y Turquía; levantado parlamentos y tribunas en el Imperio austriaco antes mudo y opreso; hecho libres á los magyares que parecían hundidos para siempre; rescatado á Venecia y á Milán del extranjero que había convertido su cuadrilátero en el Cáucaso de aquellos prometheos; destruido esa teocracia romana, clave de todo retroceso, la cual teocracia, por necesidad, habrá de contentarse con la dirección espiritual del mundo católico y habrá de reconocer la imposibilidad absoluta de recabar sus rotos poderes temporales; despedido los Hapsburgos de la Confederación germánica; ganado para el espíritu moderno los pueblos paralizados por las dinastías de Nápoles y Parma y Módena en el antiguo régimen; sustituido á los artistas revolucionarios los radicales pacíficos en Inglaterra y á las tempestades soltadas por la tonante voz de O'Connell en Irlanda la graduada y legal política de Parnell; establecida ya por modo inapelable y definitivo la República en Francia curada de utopías y destinada en plazo más ó menos breve á esclarecer Europa; conjurado el Suderbus, la guerra de los reaccionarios en Suiza y obligádola con arte á no esgrimir en sus cuestiones interiores otras armas que las granjeadas por sus libertades; acostumbrado Grecia y sus Islas Jónicas, al gobierno de sí, difícil en toda región, difícilísimo en las regiones orientales; creado nuevos pueblos independientes por las orillas del Danubio que manchaban los nefastos visires con la sangre sacada por sus látigos á las espaldas de los miserísimos rajhaes; transformada nuestra España del absolutismo y de la Inquisición en una tierra del derecho moderno, del progreso pacífico, que junta por sus relaciones naturales con el Nuevo Mundo la democracia universal: espectáculo consolador, el cual nos enseña como el planeta no se detiene jamás en su carrera por lo infinito y como Dios nos revela de continuo sus verdades para que las cumplamos aquí en leyes de un progreso sin fin bajo el gobierno de su divina Providencia.

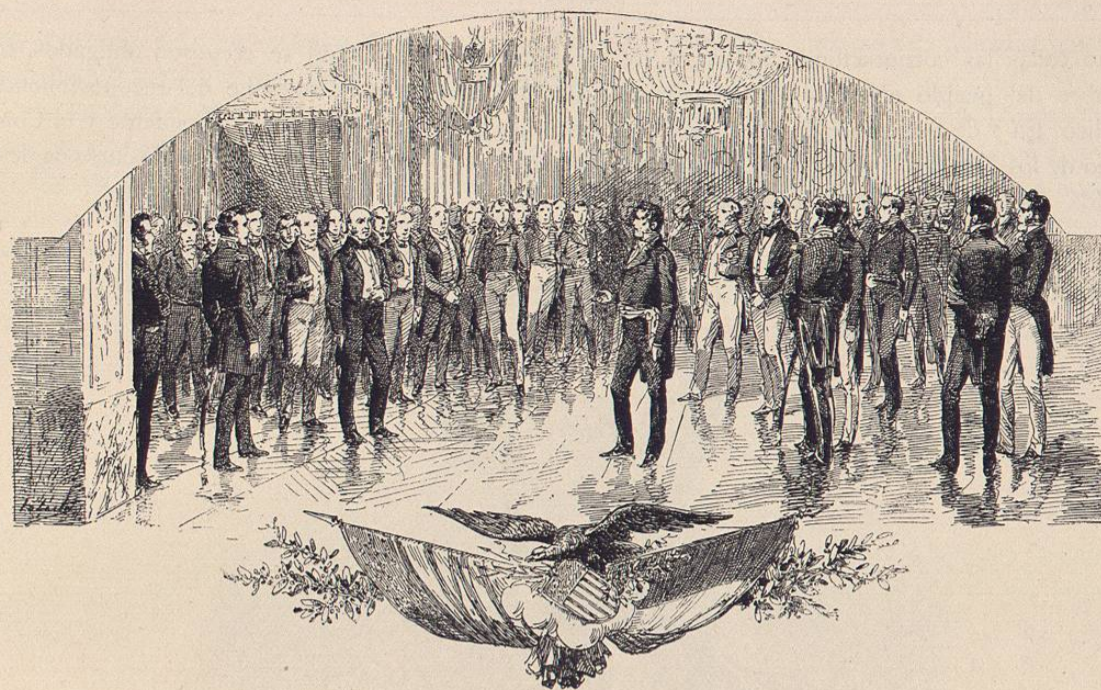
EMILIO CASTELAR.

INTRODUCCIÓN

Á LA

HISTORIA DEL SIGLO XIX

LA NUEVA ERA



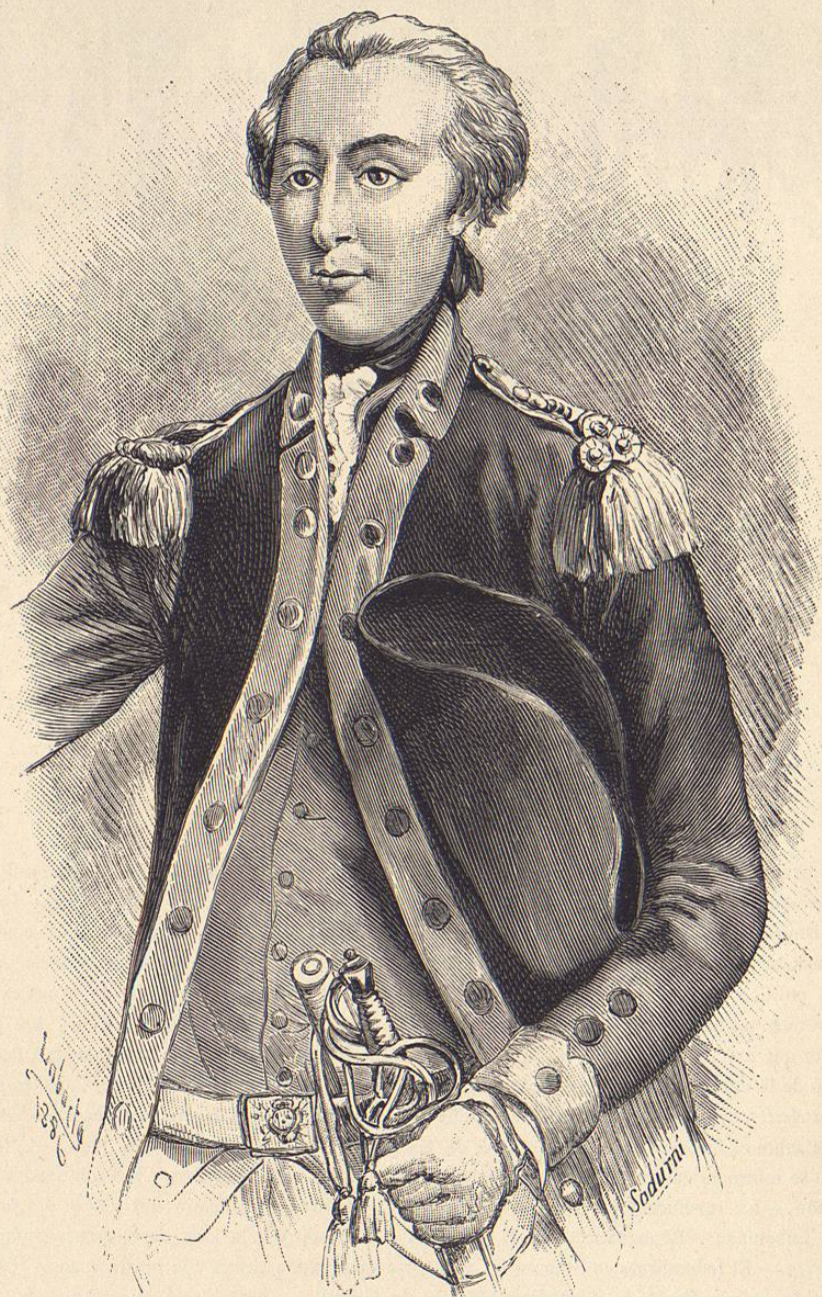
INTRODUCCION

LA NUEVA ERA

Ultima visita del general Lafayette á América. — Entusiasta recibimiento. — Discursos en el Capitolio de Lafayette y del Presidente Adams. — Efecto que causó en Europa el anuncio de la *Era americana*. — Los popularizadores del Americanismo en Europa. — LAFAYETTE, su influencia política. — Carácter. — Vacilaciones y contradicciones. — Programas revolucionarios de 1789 y 1830. — ¿Por qué su muerte fué llorada por la democracia? — CHATEAUBRIAND. — Su sentido político durante la restauración. — Célebres artículos sobre la influencia de América en Europa. — Polémicas. — TOCQUEVILLE. — Exito ruidoso de su obra la *Democracia en América*. — Todos los partidos aplauden, ¿por qué? — ¿Por qué los tres primeros popularizadores del Americanismo son hombres apegados á las antiguas ideas? — Temperamento de la democracia latina. — Juicio de Guizot sobre la obra de Tocqueville. — Carácter y tendencias de la *Democracia en América*. — Conformidad de Tocqueville con el sentido de la democracia francesa. — Origen de los errores de Tocqueville sobre el federalismo. — Conclusiones de Tocqueville. — En que esté en lo justo. — Cómo se propagan las ideas. — Cómo se informan en las leyes fundamentales de los pueblos. — Si Lafayette, Chateaubriand y Tocqueville, faltaron á su misión. — La revolución de 1848. — LABOULAYE. — Exito extraordinario del *Paris en América*. — Influencia y trabajos de Laboulaye. — Repugnancia de la democracia francesa por la idea americana. — Influencia decisiva del *Paris en América*. — El federalismo en Francia. — Las dos escuelas; la americana y la prudhoniana. — Chaudey, Cernuschi, Portalis, Amigues, Odysse-Barot, E. Thiaudiere, Emilio de Girardin. — Sentido de la propaganda política de Laboulaye. — Bosquejo de una constitución republicana. — M. Tenot secunda á Laboulaye. — Que la *Era americana* se encuentra en Europa en su primer período de formación. — Qué idea encierra la *Era americana*. — Síntesis de la *idea americana*.

CUANDO en 1824 visitó por última vez el general Lafayette la Gran República americana, el pueblo de los Estados-Unidos hizo al *héroe de dos mundos* un entusiasta recibimiento; el antiguo compañero de armas de Washington, el soldado de las batallas de la independencia era festejado en todas partes y en todas las ciudades aclamado como á un padre de la patria. Mas como en esa brillante demostración del agradecimiento nacional para el extranjero ilustre que le había sacrificado por entero su juventud y su fortuna, tomaban parte todas las clases sociales, así

como todas las corporaciones populares, los altos cuerpos del Estado se creyeron obligados, en nombre del pueblo entero, á dar al general Lafayette una muestra solemne del reconocimiento público. En 7 de Setiembre de 1825, fué, pues, recibido en el Capitolio, por el Presidente y el Congreso de los Estados-Unidos, pronunciando con este motivo el Presidente Adams un discurso de despedida, del que tomamos las siguientes líneas:



LAFAYETTE (de un retrato de 1781)

«Con vuestros esfuerzos, general, el pueblo de los Estados-Unidos ha establecido los cimientos de la más grande y bienhechora potencia que jamás haya ordenado los intereses humanos sobre la tierra.»

A la salutación entusiasta del Presidente contesta Lafayette con otro discurso, del que textualmente copiamos lo que sigue:

«Es el mejor de mis títulos el haber tomado parte en los peligros de la noble lucha que tenía por objeto la independencia, la libertad y la igualdad de derechos; el de haber tomado parte en la

fundación de la Era americana, que ha atravesado ya, y que debe aún, para la felicidad humana, atravesar el mundo entero, de uno á otro hemisferio.»

El anuncio de la *Era americana*, hecha por el viejo mundo, llenó de estupor á los hombres políticos de Europa más apegados al antiguo orden de cosas. América y Lafayette volvieron á ejercer en Europa el mismo influjo que en los días precursores de la gran revolución francesa. La declaración de los derechos del hombre que Lafayette halló en los bosques de América, derribó por primera vez en Francia la monarquía y el trono secular de los Borbones. El anuncio de que el mundo entero viviría bajo el influjo de la *Era americana*, derribó por segunda vez aquella monarquía y aquel trono secular que habían levantado de nuevo y de consuno la demagogia y el despotismo militar.



CHATEAUBRIAND

Si hay una *Era americana*, claro está que debe existir una *idea americana*, pues así como la Edad media está informada por la idea católica, y la Edad moderna por la idea monárquica, la Edad ó la Era americana ha de tener forzosamente una idea que la informe, una idea que haya tomado en América carácter, vigor y fuerzas.

Tres hombres se dedicaron á popularizar en Europa la *idea americana*; tres hombres llamaron la atención del viejo mundo hacia la nueva Era que se alzaba gloriosa al otro lado del Atlántico, y estos tres hombres, imagen y espejo de la sociedad que se derrumbaba y del mundo que desaparecía, dejaban á Europa el testimonio de un hecho consumado y el de la radical incapacidad de los antiguos moldes europeos para vaciar las nuevas ideas.

Lafayette fué el primero de los europeos que vió alzarse donde el sol se pone, el sol que había de alumbrar las edades futuras. Pero Lafayette, hombre del siglo XVIII, no podía servir la *nueva idea*, no podía inaugurar la *nueva Era*, porque su educación, sus ideas, su temperamento, su carácter, eran de dicho tiempo, y es un axioma incontestable, que á nuevas ideas corresponden hombres nuevos. Lafayette, llevando al antiguo orden de cosas el soplo vivificador del nuevo tiempo, derrumbaba el vetusto edificio europeo, incapaz de sostener el menor choque con las fuerzas vivas de la humanidad. Quiso ya en 1789 Lafayette, realizar su quimera de 1830.

Republicano en América, monárquico en Francia, demócrata siempre, quería á toda costa unir